

Wanderers toca el cielo: la copa que prueba que Chile también puede formar campeones

Santiago Wanderers no solo ganó la Copa Libertadores Sub-20, ganó algo todavía más importante: una prueba concreta de que en Chile también se puede formar talento capaz de competir, sostenerse y vencer a las mejores canteras del continente. El equipo de Valparaíso terminó invicto el torneo en Ecuador, superó a Nacional, Belgrano, Liga de Quito, Palmeiras, y en la final empató 1-1 con Flamengo para imponerse por 5-4 en los penales. Además, con este título clasificó a la Intercontinental Sub-20.

La campaña no fue una casualidad ni una noche inspirada. Fue un recorrido completo. En fase de grupos, Wanderers derrotó 2-0 a Nacional y 2-0 a Belgrano, igualó 3-3 con Liga de Quito y luego venció 2-1 a Palmeiras en semifinales. En la final, estuvo abajo en el marcador hasta el minuto 89, cuando Sebastián Vargas empató el partido antes de la definición por penales.

En términos deportivos, lo conseguido por Wanderers tiene un peso enorme. Según registros citados antes del torneo, la mejor campaña histórica de un club chileno en esta competencia había sido la de Unión Española en 2012, cuando terminó cuarta. Es decir, el equipo caturro no solo fue campeón: estableció el mayor logro chileno en la historia de la Libertadores Sub-20.

Y ahí aparece el punto de fondo. Durante años, en Chile se ha repetido que nuestras divisiones menores no compiten al nivel de Brasil, Argentina o Uruguay. Este título no resuelve por sí solo todos los problemas del fútbol formativo chileno, pero sí demuestra que cuando hay trabajo sostenido, estructura competitiva y un proyecto claro, la distancia no es imposible de acortar.

Desde las ciencias del deporte y la formación de jugadores, el torneo también deja varias lecciones. La primera es que el desarrollo juvenil no se mide solo por cuántos jugadores suben al primer equipo, sino por cuántos son capaces de responder bajo presión internacional. Competir contra Flamengo en una final continental, empatar al final y sostener la calma en penales exige mucho más que talento técnico. Exige preparación psicológica, capacidad física para sostener el esfuerzo y una cultura competitiva madura.

La segunda es que el rendimiento juvenil de alto nivel no aparece de un día para otro. Un equipo sub-20 que compite así refleja años de entrenamiento, coordinación metodológica y exposición progresiva a contextos exigentes. Por eso este título debería leerse como un triunfo de proceso y no solo de resultado.

También hay una señal para el fútbol chileno adulto. Cuando un club de Primera B como Wanderers logra levantar una copa continental juvenil, queda claro que la formación no depende exclusivamente del presupuesto o de la categoría en que esté compitiendo el primer equipo. Depende de convicción, de estructura y de una identidad formativa que no se improvise.

Además, hay un valor simbólico que no se puede ignorar. En un fútbol chileno que muchas veces se mira a sí mismo con pesimismo, la imagen de Wanderers levantando la Libertadores Sub-20 cambia la conversación. Muestra que todavía hay cantera, que todavía hay talento y que todavía se puede ganar afuera.

Pero el verdadero desafío empieza ahora. El éxito juvenil es una oportunidad, no una garantía. El fútbol chileno ha tenido buenas generaciones antes y no siempre logró convertirlas en trayectorias largas y consolidadas. La tarea de Wanderers, y del sistema en general, será proteger este proceso, acompañar a estos jugadores y evitar que el título quede solo como un recuerdo glorioso.

Porque esta copa vale mucho. Vale por el trofeo, por el rival, por el momento y por lo que simboliza. Pero sobre todo vale porque obliga a hacerse una pregunta incómoda y esperanzadora a la vez: si se pudo una vez, ¿por qué no podría pasar de nuevo?



Frano Giakoni Ramírez, director de la carrera de Entrenador Deportivo UNAB.